Treinta y cuatro orientales muertos en la tortura

Roger Rodríguez

Vladimir Roslik y su esposa María Cristina Zabalkin el día de su casamiento. Días felices.

Roslik

UN VECINO TRANQUILO DE SAN JAVIER

No habían sido presentados a ningún juez y, por consiguiente, no estaban formalmente inculpados de ningún delito; murieron a los pocos días –a veces a las pocas horas– de su detención en una unidad militar o policial. Sus familiares llegaron a tener demorada noticia de sus muertes, a veces por la prensa; las autopsias y los certificados de defunción estuvieron plagados de irregularidades; sus entierros fueron rigurosamente vigilados por los agentes represivos. Entre todos, el "caso" Vladimir Roslik, fue el último y el único que dejó al desnudo las aberrantes torturas, la responsabilidad de las FFAA, las complicidades de los médicos militares, el engaño sistemático a la población. A pocas semanas del referéndum del 16 de abril –cuando se cumplirá el quinto aniversario del asesinato de Roslik– BRECHA evoca su muerte injusta y la intolerable impunidad de sus victimarios.

El desvío de quince quilómetros que lleva a San Javier desde la ruta a Paysandú, parece hoy menos tenebroso que cinco años atrás, cuando el recorrido finalizaba en un dramático campo de concentración en el que la dictadura había recluido, tras rejas de terror, a una colectividad de mil personas por el solo delito de ser descendientes de emigrantes rusos.

La avenida principal, 18 de Julio (en honor al barco que llevó hasta Puerto Viejo a los primeros colonos en 1913), se mantiene semidesierta, como en tantas otras localidades del interior de este Uruguay modernizado en el que, por falta de trabajo, los jóvenes emigran con igual pena que sus antepasados.

Los mismos ceibos y un atardecer similar al que en 1984 parecía teñir en sangre a San Javier, muestran hoy la tristeza de un pueblo para el cual el pasado es apenas ayer, y perdura miedo del que entonces llevó a la autorreclusión domiciliaria, a que los hombres durmieran vestidos, esperando escuchar el chirrido de neumáticos, el resonar de botas, el golpe prepotente en la puerta y la temida confirmación: *"Son los verdes..., son los verdes"*.

El recuerdo de esa frase, que brotó de los labios de Sara –la esposa del director del liceo– el 15 de abril de aquel año, aún hace temer a muchos en la localidad en que vivía el doctor Vladimir Roslik, el último asesinado por torturas del régimen militar uruguayo.

Varios de los responsables de su crimen –que de alguna forma aceleraría la salida institucional– son protegidos todavía por la impunidad de la ley de caducidad, y es por eso que la convivencia en San Javier, bajo su aparente cicatrización, no oculta el pus de una herida que para sanar exige un verdadero esclarecimiento.

Valoia

Vladimir Roslik tenía 42 años. Su hermano Miguel cuenta a BRECHA que Valoia –como le llamaban– era el menor de cinco hermanos. *"El nació el 14 de marzo. Lo recuerdo bien, porque había una creciente muy grande y el río no daba paso desde la chacra donde vivíamos. A las tres de la mañana mi padre fue a buscar a la partera... Lo particular fue que cuando Vladimir nació, el río dejó de crecer..."*

La chacra estaba a dos quilómetros de San Javier. La vida de los Roslik no se diferenciaba de la de cualquier familia de agricultores. Sus padres, Miguel y Catalina, habían llegado a Uruguay huyendo de la inquisición de los ortodoxos que apoyados por los zares reprimían a la secta Nuevo Israel a la que ellos pertenecían. El arado, la siembra de avena y trigo, carpir boniatos y cuidar el ganado era la rutina campesina en la que se crió Valoia.

"El tuvo la suerte de que se abriera el liceo en San Javier. Cuando terminó fue a estudiar preparatorios de Medicina en Montevideo. Acá había trabajado como enfermero ayudando en la policlínica; pero también ayudaba en la chacra... Una vez, recuerdo, fue a busar las vacas con el petizo y se cortó con un alambre de púas. Le dieron 14 puntadas, y me impresionó porque no lloró nada..."

"La beca a Vladimir para ir a estudiar a la Unión Soviética surgió a través del Máximo Gorki y del Instituto Uruguayo-Soviético. Acá muchos se alegraron de que un hijo de San Javier pudiera recibirse de médico. El fue el primero. Cuando volvió, después de siete años, era un hombre formado. La mayoría de la población empezó a tratarse con él. Pero también hubo gente que le tuvo envidia. No es por simple coincidencia que murió. Que salga médico un hijo de obrero o agricultor, no les sirve a ciertas esferas..."

Apellidos subversivos

Desde el golpe de Estado de 1973, en San Javier no se habían hecho más allanamientos que en otras localidades similares. Algunas detenciones por averiguaciones. Hubo medidas prontas de seguridad y los usuales patrullajes del Ejército. Sería en 1976, cuando en Buenos Aires y Montevideo empezaban a desaparecer uruguayos que el pueblito de emigrantes rusos se transformaría en un punto de atención de las autoridades, para las que todo apellido terminado en V, K o Z era el de un subversivo.

En 1976, Vladimir Roslik y otros fueron detenidos y llevados a Young. Los otros fueron liberados y Roslik –por haber estudiado en la Universidad Patricio Lumumba de Moscú– fue llevado a Fray Bentos, interrogado y retenido dos semanas en una comisaría.

"Esa fue la primera vez que

Muertes en la oscuridad

La acción de las Fuerzas Conjuntas en la llamada "lucha antisubversiva" implicó, desde 1972 hasta 1985, un número de muertos que excede largamente el centenar, aunque sólo cuarenta de ellos perdieron la vida en el curso de enfrentamientos armados. El resto se compone de una treintena de fallecidos por enfermedad luego de su procesamiento (existiendo en numerosos casos denuncias por omisión de asistencia), nueve suicidios de detenidos (en los cuales puede afirmarse que las condiciones de reclusión a que se les sometiera tuvieron una incidencia por lo menos importante), trece casos en que se ha denunciado ejecuciones de detenidos (los ocho militantes comunistas que murieron el 17 de abril de 1972 en la seccional 20 de su partido, y los cinco secuestrados en Buenos Aires que aparecieron muertos en las cercanías de Soca el 20 de noviembre de 1974), casi una decena de muertes en circunstancias no aclaradas (si incluimos entre ellas la de Cecilia Fontana de Heber, envenenada el 7 de setiembre de 1978, y la de Marcos Caridad Jordán, estudiante muerto al estallar una bomba en la facultad de Ingeniería el 27 de octubre de 1973) y treinta y cuatro vidas perdidas en la tortura.

A estos casos pueden agregarse los de uruguayos muertos en el exterior en que se ha denunciado la responsabilidad de coordinaciones represivas con participación de la dictadura de nuestro país, y los fallecimientos de presos políticos liberados por suicidio o enfermedad en los cuales puede sostenerse con fundamento que influyeron en forma decisiva los años de detención.

Según afirma Servicio Paz y Justicia en el libro Uruguay Nunca Más, editado esta semana, ***"la magnitud de las cifras descarta la posibilidad del exceso y el imprevisto, o la acción localizada de ciertas personas para explicar esas muertes", y "aun cuando se careciera de testimonios que lo documentaran abundante y fehacientemente, se podría inferir que las Fuerzas Conjuntas maltrataron severa y sistemáticamente a los prisioneros que tuvieron a su disposición. Considerando el trato que otorgaban a los presos políticos, la muerte –al menos la violenta–, si bien no era una meta directamente buscada siempre, sí era una consecuencia perfectamente lógica y frecuentemente no impedida".***

Las muertes por tortura no sólo se inscriben en una política deliberada (la del terrorismo de Estado), sino que fueron seguidas en forma sistemática por procedimientos similares, por parte de las fuerzas militares o policiales, que implicaron nuevas violaciones de los derechos humanos: prolongadas demoras en la comunicación oficial del fallecimiento y la entrega del cuerpo a los familiares (a menudo en un ataúd lacrado que se les prohibía abrir), carácter irregular, impreciso, incompleto o contradictorio de los certificados y partidas de defunción, así como de las autopsias, despliegues y presiones de las fuerzas represivas durante los velorios y entierros.

Las personas en cuyos casos existen hoy elementos suficientes para considerarlas muertas por tortura son Nicanor Aldabalde (fallecido en marzo de 1976), Gerardo Alter (19 de agosto de 1973), Carlos Alvariza (24 de julio de 1972), Carlos Mario Argenta Estable (16 de diciembre de 1975), Walter Hugo Arteche (19 de agosto de 1973), Alvaro Balbi Sala (31 de julio de 1975), Luis Carlos Batalla (25 de mayo de 1972), Gilberto Coghlan (14 de diciembre de 1973), Carlos Curuchaga (26 de setiembre de 1975), Hugo L. de los Santos Mendoza (3 de setiembre de 1973), Hugo Haroldo Dermitt Barbato (28 de diciembre de 1980), Juan Fachinelli (28 de junio de 1972), Raúl Facio (16 de diciembre de 1976), Celso Fernández (setiembre de 1975), Ivo Fernández (abril de 1976), Oscar Felipe Fernández Mendieta (25 de mayo de 1973), Héctor Lorenzo Jurado Avellaneda (julio de 1972), Amelia Lavagna de Tizze (29 de abril de 1975), Pedro Ricardo Lerena Martínez (29 de setiembre de 1975), Julián López (5 de enero de 1976), Edison Marín (3 de junio de 1972), Eduardo Mondello Techera (6 de marzo de 1976), Iván Morales (22 de noviembre de 1974), Oscar Bonifacio Oliveira Rossano (3 de marzo de 1975), Humberto Pascaretta (3 de junio de 1976), Aldo Perrini Gualo (5 de marzo de 1974), Hugo Pereyra (28 de agosto de 1977), Dante Porta Moreira (diciembre de 1976), Vladimir Roslik (16 de abril de 1984), Silvina Saldaña (junio de 1976), Walter Sanzo (22 de mayo de 1972), Myriam Soares Netto (4 de noviembre de 1977), Nybia Zabalzagaray (29 de junio de 1974) y Nuble Yic (diciembre de 1976).

EL VOTO VERDE Y CLARO del 16

vimos la represión y todo porque éramos descendientes de rusos y porque Valoia se había recibido en Moscú –dice hoy Miguel Roslik–. *En eso tuvieron que ver denuncias de gente del propio San Javier que no lo quería a mi hermano"*, acusa.

La esposa de Miguel Roslik interviene: *"Acá había un médico que trabajaba en la policlínica y cuando Vladimir volvió con su título no lo fue a saludar. Después le dijo:* ***'Mirá Vladimir, acá no hay lugar para dos médicos',*** *desde entonces le empezó a hacer la guerra"*.

El otro médico, Ricardo Voelker, descendiente de alemanes, continúa hoy en San Javier al frente de la policlínica. Días después de la muerte de Roslik le diría a un enviado del semanario **Aquí**: *"Si hubiera muerto como consecuencia de torturas como se dice, cosa que no creo, sería inconcebible que ocurriese en Uruguay. Yo sigo pensando que en nuestro país no hay torturas..."*.

El silencio del profesor

Desde que fue liberado, en 1985, el profesor Roman Klisov se introdujo en un profundo hermetismo. Jamás había aceptado hablar con la prensa y a muy pocos íntimos les contó lo que vivió desde aquella madrugada de abril cuando a él también se lo llevaron. Criticado por quienes le exigen mayor compromiso y por quienes consideran que *"por algo debieron llevarlo preso"*, sigue viviendo una pesadilla que empezó en 1976, cuando por primera vez lo detuvieron en *"averiguaciones"*.

"Me he impuesto no hablar de aquello. Pero si lo que quiere es hablar de Vladimir, está bien", dice, seguramente influido por su esposa Sara, a quien en 1984, trabajando en **Convicción**, le había hecho un primer reportaje.

"Vladimir llegó a ser alumno mío en el liceo, cuando yo iniciaba la docencia. En el año 58 se formó el liceo popular y dos años después yo daba allí clases de matemáticas. Valoia era un muchacho más bien tímido, con algunas dificultades de expresión. Era de los que más trabajaba, pero no tenía la viveza de otros estudiantes. Era un muchacho común..."

"Cuando volvió de Moscú, revalidó su título y ejerció la medicina, pero nunca adoptó la posición de un personaje. Era uno más. Se destacaba por bueno. Después de su trabajo se integraba al medio en forma alegre, hasta despreocupada. Nos reuníamos en el River Plate o en un bolichón de la cooperativa y jugábamos a la conga. Nunca asumió un liderazgo. Jamás. Aunque todos sospechábamos lo que podía pensar o cuál era su tendencia política, él era tan prudente y equilibrado que nunca se manifestaba para no herir a nadie. Como líder, sólo podía serlo de la conga."

Aquel otro plebiscito

Hubo otro abril. Fue cuando el gobierno militar preparaba el plebiscito constitucional confiado en la institucionalización de la dictadura. En ese 1980 la resistencia al régimen prácticamente no se podía expresar. Las Fuerzas Armadas necesitaban "subversivos" para seguir justificando la represión y propiciar el miedo que llevara a votar por el Sí en noviembre.

"Fue el 29 de abril –recuerda Miguel Roslik–. *Me detuvieron a mí, a Vladimir, a mi cuñado y al ingeniero de Centrales Hidroeléctricas, quien también había estudiado en Rusia. Antes habían empezado con allanamientos, como todos los años cuando se preparaba la fiesta de aniversario de San Javier en el Máximo Gorky. Venían camiones con soldados, revisaban todo en algunas casas, pero nunca encontraron nada."*

"A mí me detuvieron mientras atendía el Centro Bar. Dos días antes habían llevado a mi hijo Víctor, apuntándolo con bayonetas. No teníamos ninguna actividad. Sólo íbamos al Gorky y él bailaba en el conjunto Kalinka... Nos llevaron a Fray Bentos, encapuchados, y nos hicieron lo que a todo preso: interrogatorios, plantones y, bueno, los distintos procedimientos militares que usted sabe que..."

"Torturas, papá, torturas", sintetiza su hijo menor.

"... Sí, bueno, torturas... El 18 de julio nos llevaron al penal de Libertad. Vladimir estuvo un año y medio, yo quedé hasta el 85. Dijeron que hacíamos prácticas de tiro y adoctrinamiento en el Gorky. Todo fue un invento. Algunos de San Javier testificaron contra nosotros, presionados. El Gorky fue clausurado y destruido; quemaron todo. Se llevaron la sanitaria, la biblioteca y hasta los trajes típicos. Valoia salió en libertad vigilada. Tenía que presentarse en la comisaría... Así vivió, hasta que lo mataron."

Negociaciones a escondidas

Abril de 1984. La represión contra la prensa opositora ocupaba los ojos de los censores de la dictadura y la mano del ministro del Interior, general Julio César Rapela. El general Líber Seregni había sido liberado y la desproscripción del Frente Amplio resultaba inevitable. La presencia de Wilson Ferreira Aldunate en Buenos Aires terminaba de cercar al dictador Gregorio Alvarez que perdía el control sobre parte de una oficialidad que ya negociaba a escondidas con algunos dirigentes desproscriptos, lo que el comandante en Jefe del Ejército, general Pedro Aranco, no lograba pactar en conversaciones públicas.

El discurso anual de conmemoración del denominado "Día de los caídos en la lucha contra la sedición" llevaba ese 14 de abril una serie de mensajes implícitos que no todos entendían: *"Transferiremos el poder a los legítimos representantes que la elección popular determine, sin necesidad de presiones que no aceptamos ni de imposiciones que no admitimos"*, decía Aranco.

En el batallón Gral. Leandro Gómez de Infantería Nº 8 en Paysandú, el teniente 2º Denis Lacassy agregaba a las palabras de su comandante: *"El 14 de abril de 1972 es el símbolo de una época de dolor y de vergüenza, de angustia y de zozobra. Hay que recordarlo para no condenarnos a repetir el pasado, porque si es lamentable que haya hombres que ignoren la historia, es más doloroso aún que existan quienes pretendan interpretarla mal"*.

El Plenario Intersindical de Trabajadores (PIT) organizaba a sus gremios para la celebración del 1 de Mayo, y sus dirigentes, junto a los de la estudiantil ASCEEP y las cooperativas de FUCVAM, dirigían la movilización de fuerzas de la oposición que se nucleaban en la llamada "Intersectorial". No sabían que a la vez, en algún lugar, otros se reunían para iniciar una escalada de violencia que les permitiera desviar el curso de los acontecimientos políticos. El general Hugo Medina, jefe de la División de Ejército III, se constituía en candidato a ocupar el cargo de Aranco.

Los golpes en la puerta

"Mirá, esos son del Batallón de Fray Bentos, del S2. Es personal especializado de Inteligencia." Las palabras de Vladimir Roslik a su esposa no ocultaban cierto nerviosismo. La presencia de desconocidos en una Brasilia blanca creaba pánico en San Javier, desde que unos días antes Malachir y Gmurenko, quienes vivían en el monte, habían sido detenidos por las Fuerzas Armadas.

Horas más tarde, los neumáticos chirriaron, las botas resonaron, y la prepotencia golpeó en la puerta de la casa en que vivían los Roslik. *"No te asustes porque son los soldados"*, dijo el médico a su esposa, María Cristina Zabalkin, quien pensó, por el ruido, que había ocurrido un accidente en la calle.

Roslik abrió la puerta y personal uniformado entró apuntando con sus armas. Eran las 4 de la mañana. En la cocina fue esposado. Llorando pidió para despedirse de su esposa y su hijo de cuatro meses, Valery. También llorando su esposa lo abrazó. El no pudo. Ya había sido esposado a la espalda.

El Máximo Gorky tiene hoy las puertas abiertas para cultivar su tradición cultural.

EL VOTO VERDE Y CLARO del 16

El temor en que habían vivido desde 1980 se volvía a transformar en horror. Desde el 80, Roslik había tenido que tomar tranquilizantes. Sufría de temblores. En ocasiones se le caían los cubiertos de las manos. Tenía frío y miedo al frío.

"No íbamos a ningún lado por miedo a comprometernos o comprometer a otros. Cada vez que iba al batallón a llevar un permiso, a firmar algo, sentía ese olor a miedo, empezaba a transpirar mucho las manos y ese color grisáceo le quedaba en la cara", explicaba María Cristina.

Esa noche no hubo tiempo para el miedo. Directamente se pasó al terror. *"Otra vez no, otra vez a lo mismo no, no y no..."*, llegó a gritar Roslik cuando lo llevaban encapuchado.

El relato de Basilio

"Primero nos llevaron a la comisaría, me di cuenta por la vueltita que dieron, estuvieron parlamentando un poco y después el coche enfiló para Fray Bentos. Yo iba solo, porque tanteé con mi pierna y no había nadie conmigo. El camino al cuartel de Fray Bentos lo conozco porque allí estuvo mi hijo detenido. Al llegar a la puerta hablaron por un teléfono y entramos. A mí me tiraron en un calabozo chiquito que estaba todo ensangrentado. Había sangre seca en las paredes", narra Basilio Jacina, quien llegó a Uruguay en 1913, con sólo 7 meses de edad.

"Estuve hasta el día siguiente escuchando los lamentos de los otros. No debía estar muy lejos de donde ellos estaban. A Roslik lo conocía de chiquilín y para mí su voz era inconfundible. Después escuché que los guardias que andaban alrededor de mi celda decían: 'Si a este le hacemos lo que a los demás, ¿no se nos quedará?'"

"A mí después me llevaron a un careo con un muchacho que hace poco falleció. Lo habían reventado con la tortura. El 19 de abril me llevaron a declarar ante un tribunal militar que se formó en el Batallón 13 de Infantería en Montevideo. Nos afeitaron y nos cortaron el pelo, cuidando que no se viera ninguna marca o corte. Ese día los militares estaban de fiesta por el aniversario del desembarco de los Treinta y Tres. Nos trajeron frazadas y nos dieron de comer. Algunos hacía días que no comían. Estábamos todos, menos Vladimir Roslik. El 9 de mayo nos darían la libertad a varios de nosotros, pero a mí me dejaron hasta el 29 de mayo a disposición del Poder Ejecutivo. Recién cuando salí me enteré de lo que había pasado. Que a Vladimir lo habían asesinado."

El cuerpo de Vladimir

En la madrugada del 16 de abril el padre de la señora de Roslik recibió la comunicación. *"Avisaron de la comisaría para que fuéramos a Fray Bentos a retirar el cuerpo de Vladimir"*, dijo.

Esa tarde María Cristina llega a la morgue del hospital de Fray Bentos y se niegan a entregarle el cuerpo. Le informan que fue hecha una autopsia y horas más tarde le entregan un certificado de defunción firmado por el doctor Eduardo Sainz.

El certificado no decía dónde murió, ni si era recluso, ni la fecha de su detención, ni la hora de la muerte. Sólo manifestaba que el fallecimiento se produjo por un *"paro cardio-respiratorio"*. No incluía las causas ni otros *"estados mórbidos contribuyentes"*, ni causales externas, ni que se le practicó autopsia. El timbre profesional 001137 de N$ 19,40 era, junto a la firma del médico, lo que oficializaba la muerte de Roslik.

De allí en más, la historia es por muchos conocida. La viuda de Roslik exigió una segunda autopsia, que se realiza en Paysandú con la presencia del médico Jorge Burgel en representación de la familia, y los médicos policiales o militares Moggoli, Montauban, Laluz y Sainz. El resultado es retenido por las autoridades. La noticia toma estado público. El 17 de abril el hecho es informado en la primera página de **El Telégrafo**, que reproduce informaciones emitidas por las agencias EFE y UPI.

La prensa, y especialmente el semanario **Jaque**, junto a **Aquí**, **Convicción**, **La Democracia**, **Correo de los Viernes**, **Búsqueda** y **Opinar**, inician una campaña de prensa a la que se agregan los diarios de la capital. También las radios, con CX 30 a la cabeza, informan día a día del proceso que lleva a confirmar la muerte por torturas de Vladimir Roslik. Partidos políticos y organizaciones de derechos humanos cumplieron un papel fundamental.

Festival por la vida

El 14º Festival por la Vida en San Javier, realizado el pasado fin de semana por la Fundación Vladimir Roslik, reunió nuevamente a la población en torno al recuerdo del médico asesinado, como todos los años desde 1985.

La fiesta en la ribera del río debió suspenderse por la lluvia y la conmemoración se trasladó al Máximo Gorky, donde el tradicional *vareniqui* (una pasta con relleno similar a la ricota), el *sashlik* (especie de brocheta de cordero) y el *pirog* (torta de dulce de zapallo), acompañados por *cuas* (alcohol de miel), no alcanzó para convocar a muchos marcados por el temor.

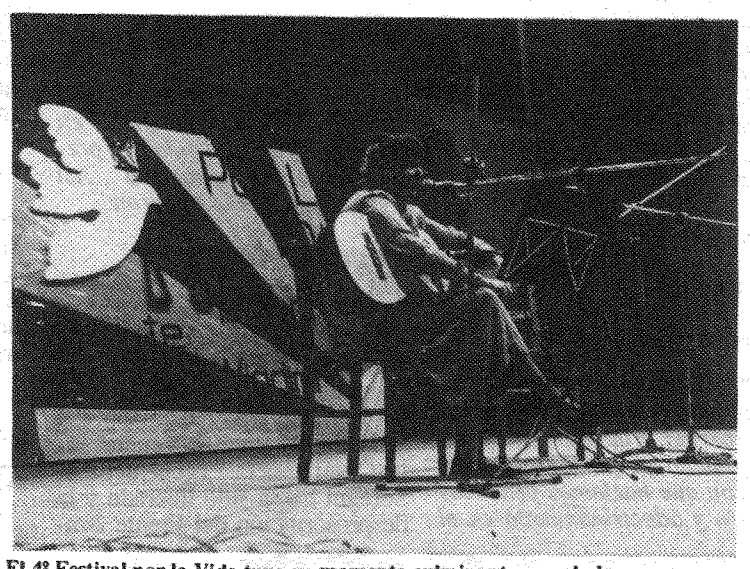
La voz de una cantante nacida en San Javier, María Celia Boffino, llamó esa noche a la reflexión de todos: *"Seguiremos adelante/ San Javier vuelve a nacer/ y renace en nuestras almas/ el deseo que antes fue./ Un hermano está caído/ corramos a levantarlo/ y luchemos todos juntos/ por justicia y libertad ..."*, decía la canción escrita por Emilio Márquez, un adolescente sanjavierino.

Manuel Flores Silva:

"El fin de la impunidad es el principio de la civilización"

Estamos queriendo decir que la sangre de Roslik hoy empapa al país, que ni ustedes ni nosotros podemos darle vida a Roslik, pero que ustedes y nosotros podemos resolver hoy y aquí, que se acabó la impunidad frente a estos hechos. El fin de la impunidad es el principio de la civilización. Yo no sé cómo se hace para inventar el perdón, pero he mirado a los ojos de la Sra. Roslik y no me animo a pedírselo hasta que haya justicia. Queremos decir que nadie podrá desmontar la maquinaria fraticida mientras quiera hacer primar la impunidad por sobre la civilización de las normas, de las penas, y de la justicia.

de Jaque, 4 de mayo de 1984, editorial: "Comencemos por la verdad"



El 4º Festival por la Vida tuvo su momento culminante cuando la cantante María Celia Boffino entonó "Tristeza de mi Pueblo".

Tranquilidad del pueblo chico que antes fue terror

En San Javier, la plaza que lleva el nombre del médico muerto es ahora un centro de recreación para los niños. La Fundación presta servicios médicos y de biblioteca y ha creado un jardín de infantes. Desde hace unas semanas, sin prepotencia, otras manos tocan las puertas de la localidad: no traen un mensaje de terror sino de justicia. Son otros verdes.

Murió por inocente

La tesis de la intencionalidad de la muerte de Roslik es aún sustentada por muchos habitantes de San Javier: *"No era lo mismo que muriera otro. Roslik no sólo era de origen ruso, había estudiado en Moscú, pero fundamentalmente era inocente. Era la víctima perfecta si lo que se pretendía era perjudicar a quien comandaba entonces la zona"*, opinan quienes creen que el "Caso Roslik" fue un intento de cortar la ascendente carrera del general Hugo Medina hacia el comando del Ejército.

Tras la confirmación de la muerte por la DINARP y el comandante del Ejército el 18 de abril, fue precisamente Medina quien desde el cuartel de Paso de los Toros se responsabilizó de un comunicado que aún hoy raya con la locura. Se hablaba allí de una célula subversiva comunista que había quedado al descubierto tras la detención de Antonio Pires Da Silva (a) Café, quien también había sido detenido en 1980 cuando con el fantasma de la sedición se torturó y se clausuró el Máximo Gorky.

Según el comunicado, Pires Da Silva, detenido el 10 de abril, había permitido comprobar la reactivación de los *"Conspiradores"*, y su trabajo de *"introducción y posterior transporte y ocultamiento de las armas, en operaciones que incluían la utilización de lanchones y una avioneta que era supervisada por Vladimir Roslik"*, afirmaba el general Medina, y agregaba: *"En el curso de los careos realizados entre varios detenidos se produjo el fallecimiento de Vladimir Roslik a causa de un paro cardio-respiratorio, sin muestras de violencia"*.

La sombra de Medina

La versión de Medina fue destrozada primero por las propias Fuerzas Armadas, luego por la confirmación de las torturas en la segunda autopsia, y finalmente por el testimonio del propio Pires Da Silva, quien tras cinco meses de detención fue liberado secretamente en Rivera.

El 29 de mayo, el presidente del Supremo Tribunal Militar, coronel Federico Silva Ledesma, confirmó el procesamiento de dos oficiales por *"homicidio ultraintencional"* (que no se tuvo la intención de cometer, pero que debió haber previsto que con sus actos, podía llegar a causar la muerte) y por *"irregularidades en el servicio"*. Ambos procesados fueron liberados poco después.

A la luz de la segunda autopsia un informe elaborado por los médicos José Mautone y Augusto Solza concluyó que: *"1) Se trata de una muerte violenta multicausal: a) existió ingreso a los bronquios de un material fluido de aspecto similar al del estómago, que al ser aspirado en vida, obstruyó la vía aérea, determinando una asfixia aguda, rápidamente mortal; b) existió un desgarro del hígado, con un hematoma subcapsular que determinó un secuestro sanguíneo a la circulación general; c) se comprobaron los estigmas de múltiples traumatismos superficiales y profundos"*.

Pires Da Silva narró a comisiones de derechos humanos: *"Los militares torturadores decían: 'No hay cómo escapar. El brasileño y vos están envueltos en el ingreso de armas al país y con grupos revolucionarios'. A lo que el médico preguntó: '¿Qué brasileño?'. 'El brasileño Pires', respondió uno de los torturadores y preguntó: '¿Lo conocés?'. 'Sí –respondió el médico–, porque atendí a sus padres y a él mismo, pero no tengo nada que ver con las acusaciones que hacen. Es la segunda vez que caigo en las manos de ustedes y me pueden matar si quieren.' Durante esta conversación, colocaron al declarante en el mencionado submarino y comenzaron a torturarlo simultáneamente con el doctor Roslik (...) Continuaban las torturas en medio de berridos y gritos, por cerca de dos horas, cuando repentinamente el declarante no oyó más la voz del doctor Roslik. Fue entonces que uno de los torturadores dio orden de cesar las torturas. El declarante afirma que ni siquiera oía más los gemidos del doctor Roslik, quedando la sala en silencio total. Vendado, el declarante fue llevado a otra celda"*, según el acta del Movimento Justiça e Direitos Humanos de Porto Alegre.

El testimonio fue presentado en una demanda hecha por Pires en 1986, pero la aprobación de la ley de caducidad dejó el caso en suspenso.

Cuando abandonaba su cargo en la Región III, interrogado por la prensa, el general Medina dijo de su gestión en la zona: *"Tengo una sola sombra."* Y agregó–: *"No pude terminar la ruta hacia Bella Unión"*. ●